

EL OLOR DE LA TRAICIÓN

Era un viernes 19 de noviembre por la tarde y la lluvia golpeaba con fuerza los cristales del último piso de la biblioteca. Solo me quedaban unos ejercicios para poder disfrutar del fin de semana, pero el mal olor me desconcentraba. Me levanté de la silla y empecé a seguir el olor por las diferentes secciones. En ese momento el bibliotecario anunció por megafonía que en cinco minutos se cerraba la biblioteca. Al darme la vuelta choqué contra Angelina, la mujer de la limpieza con la que solía hablar de vez en cuando.

- ¿Tú también lo hueles? – me preguntó.
- Sí, es insoportable, ¡ya no aguanto más! – le respondí.

Después de unos minutos persiguiendo el olor, ambas dimos con el maldito libro. Angelina lo abrió y fue pasando páginas. De repente algo cayó del libro al suelo.

- ¡Dios mío! – exclamó la mujer.
- ¡Un dedo! – grité.

Nuestras caras cambiaron al instante, se nos puso la piel de gallina y nuestros ojos se inmovilizaron. Nos quedamos atónitas mirando el dedo y ambas nos dimos cuenta de que tenía la uña pintada de un tono claro y llevaba un anillo dorado, lo que nos llevó a pensar que se trataba del dedo de una mujer.

- ¿Es real? – pregunté asustada.
- Tiene que serlo, huele muy mal. – respondió Angelina.
- ¿De quién será? ¿Y cómo habrá llegado hasta aquí?
- La verdadera pregunta es, ¿quién lo ha puesto ahí?
- Pues seguramente la persona que haya cogido el libro por última vez.
- Eso está en el registro. Si conseguimos que el bibliotecario se vaya podríamos mirarlo.

En ese momento Angelina se acercó a las escaleras y gritó al bibliotecario:

- Ernesto, aquí arriba no hay nadie. Ya cierro yo, no te preocupes.
- ¡Gracias Angelina! Buen fin de semana.

Minutos después nos dirigimos hacia el despacho del bibliotecario. Una vez dentro, buscamos el registro de libros prestados y dimos con el libro que buscábamos. Al ver los nombres de las personas, Angelina se quedó boquiabierta. Las dos únicas personas que habían cogido el libro eran Carmen Ruiz y Rafael Muñoz. No me sonaban aquellos nombres, pero en el rostro de Angelina observé que ella sí los conocía.

- ¿Quiénes son? – pregunté.
- Es mi marido. – dijo con la voz baja. – Y Carmen es la mujer del bibliotecario.

Al oír las palabras de Angelina me sorprendí mucho. No entendía nada. Nada tenía sentido. Pero pensé en ella, que seguía preocupada al ver el nombre de su

marido, y traté de calmarla. Me quedé mirando el registro y observé una peculiaridad.

- Mira, Angelina. – dije señalando el registro. – Carmen ha estado cogiendo el libro el primer día de cada mes, mientras que Rafael lo coge el día 20. ¿No te parece extraño?
- Parece una especie de patrón. – respondió ella rápidamente.
- Tienes razón. Deberíamos volver a hojear el libro. Tal vez encontremos alguna respuesta.

Angelina asintió, cogió el libro y me lo dio. Empecé a pasar páginas y vi unas cuantas palabras subrayadas. Al principio pensé que podría tratarse de palabras que no entendía el que hubiera leído el libro, pero más tarde me di cuenta de que había palabras de las que cualquiera sabría el significado y por tanto, no podía tratarse de eso. A medida que cambiaba el capítulo, el bolígrafo era de un color diferente, pero siempre coincidía el mismo color en los capítulos pares y otro distinto para los impares.

- ¿Qué significará todo esto? – pregunté.
- No lo sé, pero las palabras subrayadas tienen que ser la clave.
- ¿Y si las juntamos? A lo mejor es un mensaje oculto.

Angelina cogió un papel y un bolígrafo del escritorio de Ernesto y empezó a escribir mientras yo le dictaba. Después de unos segundos todo empezó a cobrar un mínimo sentido. El mensaje decía:

“Mi querida Carmen, nuestras miradas en la feria del libro celebrada hace unos días no salen de mi mente. Sé que esto sería un pecado pero sueño todos los días con poder tenerte entre mis brazos. No puedo soportar un día más sin estar junto a ti.”

Seguimos descifrando mensajes y nos dimos cuenta de que eran cartas de amor entre ellos dos, ocultas en los capítulos. Rafael y Carmen tenían un amor en secreto que crecía a través de las páginas del libro. En ese instante nos miramos y nos preguntamos si Ernesto había descubierto el romance y si sería capaz de matar a Carmen por sentirse traicionado.

La lluvia continuaba cayendo ahora con más fuerza y de repente se escuchó un trueno que dejó la biblioteca a oscuras. Al cabo de unos segundos la luz volvió, pero Angelina había desaparecido. Me quedé paralizada, no podía ni gritar. Estaba sola, con un dedo humano y probablemente el asesino estaba en la biblioteca.

Salí corriendo, pero un nuevo olor me detuvo. Era una mezcla de incienso, cenizas, podrido. Era el olor de la traición. Ernesto estaba como un loco sacando libros de las estanterías y los estaba quemando junto con los restos del cuerpo de su mujer. Intenté escapar, pero la puerta estaba cerrada. Ernesto empezó a acercarse hacia mí con una mirada terrorífica. No tenía forma de escapar, él llevaba un cuchillo en la mano. Cerré los ojos para no mirar mi muerte y en ese instante Angelina apareció con un libro enorme con el que golpeó al asesino.

Después de respirar y tranquilizarme le pregunté a Angelina:

-¿Qué libro has cogido para poder dejar inconsciente de un golpe al bibliotecario?

- El libro más grande que he encontrado: *El Quijote* de Cervantes.

Una media sonrisa dio paso al fin de semana.

FIN

ANA ROBLES LÓPEZ, 1º BACH C